



:: [portada](#) :: [Brasil](#) ::

14-02-2018

Las elecciones de octubre son las de pronóstico más dudoso desde 1989

Brasil y la temporada de incertidumbres

Eric Nepomuceno

Página 12

A la Globo y a todos los demás medios masivos de comunicación, al mercado y al empresariado hoy se suma el Poder Judicial con la misma misión que en el 89: defenestrar la figura de Lula. Sus chances de ser candidato son exiguas.

Las elecciones de octubre son, sin duda, las de pronóstico más dudoso desde 1989, cuando los brasileños volvieron a las urnas para elegir un presidente luego de 28 años.

Algunos mecanismos, es verdad, se repiten. Por ejemplo: en aquella ocasión, el poderoso grupo de comunicaciones llamado Organizaciones Globo, con la televisión que lleva el nombre del conglomerado y actúa, en términos concretos, como un gran monopolio, a la cabeza, hicieron de todo para impedir que Leonel Brizola fuese a la segunda vuelta. Por una diferencia de poco más de 450 mil votos, quien logró enfrentarse al candidato de los medios, del mercado financiero y del empresariado, un neófito llamado Fernando Collor de Melo, fue el entonces radical líder sindical Luis Inácio Lula da Silva.

Dando una clarísima muestra de su ausencia total de escrúpulos, la Globo manipuló los noticieros de mayor audiencia en el país con una edición trucha de un debate que mostró los mejores momentos de Collor de Melo y los peores de Lula da Silva.

Resultado: ganó Collor, quien fue defenestrado por el Congreso después de cumplir poco más de dos años y medio de su mandato, hundido por toneladas de acusaciones bien comprobadas de corrupción endémica.

Ahora, a la Globo y a todos los demás medios masivos de comunicación, al mismo mercado y al mismo empresariado, se sumó el muy poderoso Poder Judicial, la Corte Suprema inclusive, con la misma misión: defenestrar la figura de Lula da Silva.

Es verdad que la campaña sufrida en aquel entonces por el más consistente y, por lo tanto, peligroso líder de izquierda, Leonel Brizola, se parece a caricia materna comparada a lo que se armó contra Lula.

Eso se debe a razones consistentes, empezando por lo que él hizo en sus dos mandatos presidenciales. Pero lo importante es que, a estas alturas del juego, las posibilidades de que Lula da Silva, quien encabeza con amplio margen todos los sondeos electorales, pueda presentarse en octubre son poco menos que nulas.

Es comprensible: al fin y al cabo, el golpe institucional que destituyó en 2016 a la presidenta Dilma Rousseff -nunca es demasiado repetir- tenía como objetivo final liquidar a Lula. Un juicio preñado de irregularidades, a empezar por la ausencia confiesa de pruebas (se le condenó a base de [convicciones] surgidas de lo que dijo un delator), cuya sentencia fue confirmada por un tribunal de segunda instancia, hizo con que su postulación fuese prácticamente fulminada: la legislación electoral brasileña impide que alguien con una condena confirmada sea candidato.

Hay, desde luego, brechas en esa ley. Pero sobran indicios de que, en su caso particular, ningún espacio será abierto. Antes siquiera de recibir -y analizar- un pedido de registro de la candidatura de Lula, el presidente del Tribunal Superior Electoral, el folclórico Luis Fux, ya anticipó, en un neologismo infame, que el nombre del exmandatario es "irregistrable".



Además, existe otro riesgo rondando la figura del más popular presidente de la historia brasileña: el tribunal que lo sentenció determinó también que Lula empiece a cumplir la pena tan pronto se agoten sus recursos en la corte. No son pocas las posibilidades de que lo encarcelen a mediados de marzo. Son altísimas las posibilidades de que instancias superiores le concedan un habeas-corpus. Pero el desastre estaría consumado.

El problema es que, sin Lula, ¿qué saldrá de las urnas?

La perspectiva de un absentismo olímpico asusta a analistas y traza un escenario inquietante para quien logre alzarse vencedor.

Para hacer aún más enigmático el panorama, ni el grupo instalado en el poder, ni el sacrosanto mercado financiero, ni el conglomerado oligopólico de comunicación, y menos todavía el empresariado, tienen un candidato viable para mantener las cosas tal como están.

Faltando seis meses para el cierre oficial del registro de candidatos, y ocho para que los electores acudan a las urnas, lo que se ve en el horizonte es un interrogante tan grande como las dimensiones de un porta-aviones en la pileta de algún club.

Todos los nombres lanzados hasta ahora como globo de aire no lograron ganar altura. El PSDB, partido del ex presidente Fernando Henrique Cardoso e idealizador del golpe institucional, se encuentra en un callejón sin salida: su presidenciable, el actual gobernador de San Pablo Geraldo Alckmin, tiene el carisma de una hoja de lechuga.

Cardoso, a propósito, ya dio todas las pistas de que pretende abandonar al candidato oficial del partido y estimula que un presentador de televisión, Luciano Huck, funcionario de la TV Globo, se postule. Bastante popular principalmente en las clases menos favorecidas, a raíz de un programa popularesco que distribuye beneficios a los pobres, Huck tiene la coherencia política e ideológica de una gallina y la consistencia de un flan de nubes.

La complicidad de la Justicia consolidó el golpe. Pero ahora nadie, ni los golpistas, sabe qué hacer para impedir un eclipse de consecuencias absolutamente imprevisibles.

La verdad es que octubre, más que un enigma, se parece a cada día como una amenaza. Terrible amenaza.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/95187-brasil-y-la-temporada-de-incertidumbres>